

PRESENTACION

Comprender la violencia como condición previa para conseguir la paz es un objetivo que nos hemos propuesto en el CINEP para contribuir a que nuestro país salga de la encrucijada en la que hoy se encuentra. Esta encrucijada se caracteriza por la sensación generalizada de una violencia indiferenciada y homogénea, casi omnipresente, que parece invadir hasta los últimos resquicios de la vida cotidiana de los colombianos. Esta sensación contribuye a reforzar una mentalidad apocalíptica, que percibe a nuestra sociedad al borde del caos y del desorden total.

Como respuesta a esta percepción, la labor del investigador social es ayudar a entender la actual situación en un contexto más amplio y real, haciendo distinguir y diferenciar las diversas situaciones, motivaciones y contextos que se ocultan detrás de esa imagen homogénea e indiferenciada. Solo así se puede responder a esos complejos hechos de manera diversificada y eficaz.

En esa línea, hay que reconocer los múltiples aportes de los estudiosos colombianos de la violencia, que han contribuido de manera decisiva a la despolarización de la situación, al mostrar la complejidad de los fenómenos y

problemas que han sido agrupados bajo el nombre genérico de la violencia.

Muchos de nosotros nacimos o crecimos en otro momento muy conflictivo de la historia colombiana: la Violencia de los años cincuenta, que marcó de manera decisiva a toda nuestra generación. Esta experiencia vivida está en el fondo de muchas motivaciones, conscientes o inconscientes, de los estudiosos de la actual oleada de violencia. Probablemente, es el afán por exorcizar estos fantasmas y por evitar la repetición de esta traumática experiencia lo que nos ha llevado al estudio de los orígenes estructurales y coyunturales de los presentes fenómenos violentos, en un intento de especie de sicoanálisis colectivo.

Para ello, la referencia obligada de los colombianos es siempre la **Violencia** con mayúsculas, que es como han quedado registrados los sangrientos hechos de mediados del siglo XX en la memoria colectiva de los colombianos. Una de las modalidades más terribles de esta violencia fueron las masacres colectivas de campesinos indefensos en las regiones aisladas, sobre todo del Quindío y del Tolima.

A este fenómeno procura acercarse, de la manera menos patológica posible, este libro de María Victoria Uribe, buscando dejar de mirarlo como fruto de la demencia colectiva y tratar de entenderlo como una práctica social, reiterativa y culturalmente determinada. Para ello, María Victoria combina el análisis de la lógica interna de estos fenómenos con el estudio del contexto general del mundo político, cultural y social donde se producen. Así, el capítulo I se ocupa de las circunstancias históricas de la política, tanto en el nivel nacional como en el regional, que enmarcan estos hechos. Se muestran así las élites políticas como reflejo de la situación nacional y al Tolima como epicentro de la polarización política de entonces, para pasar luego a una periodización diferenciada de los momentos principales de esta violencia, distinguiendo: la violencia conservadora (1948-1953), la del régimen militar (1953-1957) y la del Frente Nacional (1958-1964).

El capítulo II se dedica al marco cultural de las masacres, centrándose en el análisis de las veredas campesinas como comunidades políticamente antagónicas pero complementarias y en la presentación de algunos rasgos de la llamada cultura campesina presentes en la violencia.

Se distinguen así tres tipos de bandas, que obedecen a realidades y lógicas muy diferentes: bandas móviles, de

cobertura regional, veredales de cobertura restringida y las bandas dedicadas al robo y al pillaje, con diferentes tipos de cohesión interna y de relación con el medio circundante.

En este capítulo II se menciona la dinámica interna de los violentos, que van pasando generalmente de una actividad esporádica de jornaleros diurnos y bandoleros nocturnos, que conservan sus vínculos con la tierra, a una actividad bandolera de tiempo completo, donde se van debilitando sus lazos con la sociedad campesina y fortaleciendo sus vínculos con sus compañeros de banda y sus enlaces. En este cambio gradual de la dinámica se observa igualmente una profundización de la contienda: la muerte violenta de familiares a manos de la policía "chulavita" y el posterior abandono de sus parcelas inducido por el temor son las motivaciones iniciales de la lucha, pero ésta se va haciendo más profunda por la socialización violenta al calor de las afrentas, muertes y mutilaciones que se inflingían unos a otros.

El capítulo III se dedica ya a las masacres en sí mismas, teniendo en cuenta sus frecuencias anuales, su distribución por subregiones del Tolima (Noroccidente, Centroccidente, Zona indígena y región suroccidental), su

estructura ritual y sus fases. Luego pasa a analizar el sistema campesino de clasificación corporal que se refleja en las masacres y el simbolismo corporal expresado en las mutilaciones y en la consiguiente manipulación del cadáver.

La pregunta inicial que guía la investigación de María Victoria Uribe es, en nombre de qué o de quién, los bandoleros campesinos asesinaban a otros campesinos, muy semejantes a ellos, cuya identidad política era contraria a la de ellos, igual a la de ellos, o desconocida para ellos. Sugiere que la respuesta debe emanar del análisis de la cultura de la sociedad campesina, indígena o mestiza, donde se originó y hacer referencia a la lógica profunda que llevó a estos campesinos tolimenses a liquidarse mutuamente. Así, hay que ver las masacres en relación con los valores fundamentales de esa comunidad, expresados en sus códigos de comportamiento.

La socialización temprana de estos campesinos generaría, según la autora, un terreno propicio para una agresividad latente que impregnaría las relaciones interpersonales. Esta agresividad latente se convertiría en violencia actual por medio de ofensas, provocaciones, heridas o muertes producidas por un adversario.

En este escenario, sigue diciendo María Victoria, "la venganza de sangre forma parte del tejido social de lealtades primarias, que sustentan la identificación del campesino con su partido político. Esta venganza alimenta los sentimientos y sirve de telón de fondo a muchos altercados bipartidistas". Así que, más allá del discurso bipartidista de carácter verbal de las élites letradas y del gestual de las masas campesinas, la confrontación violenta es orientada por motivaciones de índole personal, familiar o grupal.

Ante estos planteamientos, se podría comentar que la pregunta de fondo sería cuál es la función del bipartidismo frente a esas motivaciones: Por qué esas motivaciones buscan relacionarse con y justificarse bajo el manto del bipartidismo? Pareciera ser que el bipartidismo fuera el telón de fondo de enfrentamientos de orden más primario y no al revés. Habría que anotar, además, que el análisis estructural de la cultura no basta para explicar los hechos violentos, sino que hay que analizar también la coyuntura que convierte la violencia latente en violencia actual. La alternación entre momentos violentos con ciclos pacíficos muestra que la violencia no dimana esencialmente de nuestra cultura como una especie de invariante histórica que, como todas las demás culturas, tiene rasgos o

componentes que pueden llevar a la confrontación y otros que pueden conducir a la convivencia pacífica.

En el capítulo sobre las circunstancias históricas generales del período, María Victoria señala que la polarización extrema que conduce a la violencia se produce inicialmente entre las facciones extremas de ambos partidos (laureanismo y gaitanismo), que coinciden en que las dos consideran ilegítimos los resultados de la acción política: Gaitán contrapone el país político y oligárquico al país nacional y popular, mientras que Laureano ve la división bipartidista como fundada en la adhesión o no al catolicismo ortodoxo, por lo cual rechaza al liberalismo como modernizante, masónico y comunistoide. Ambos leen la política como polarización de la sociedad entre fuerzas opuestas e irreconciliables.

Siguiendo esta línea de análisis, podría afirmarse que la polarización de la política nacional, leída en términos de la oposición amigo/enemigo, hace leer la política local y veredal en los mismos términos, haciendo que los enfrentamientos de orden local se vean en relación con los enfrentamientos de carácter nacional. El resultado es la ruptura total de la convivencia o coexistencia de los opuestos en el orden local, hasta romper los lazos de solidaridad espontánea que se producían allí. Esto hace

que un alto índice de delincuencia acompañe generalmente a las masacres de este periodo.

Otro de los resultados de la investigación que se puede destacar en esta línea es el hecho de que las masacres sean más abundantes durante el Frente Nacional (1958-1964), cuando los enfrentamientos bipartidistas de orden nacional estaban supuestamente cancelados, que durante la violencia propiamente dicha. Claro que este incremento puede deberse a la tendencia inercial de aumento de la dinámica de la violencia, pero también puede tener que ver con la descomposición social producida por la propia violencia. Pero el hecho de que la violencia descienda durante la gobernación de Echandía y vuelva a incrementarse durante la de Parga Cortés podría mostrar la necesidad de buscar parte de la clave de los hechos violentos en la dinámica regional de la vida política y en su incidencia en lo local y veredal. Es obvio que la fragmentación del poder es evidente en las múltiples denuncias -registradas por la autora- de hostigamiento de cuadrillas de pájaros, o de policías, con la complicidad o protección de las propias autoridades locales y regionales.

En este sentido, el contraste entre Echandía y Parga es visible: el prestigio nacional de Echandía lo hacía capaz de

superar la lucha entre las diversas facciones del liberalismo y del conservatismo, lo mismo que los enfrentamientos entre pueblos y veredas rivales. Esto no sucedía obviamente con Parga Cortés.

El capítulo II se centra en el análisis de la cultura política campesina, tratando de interpretar la pertenencia de los sectores al bipartidismo con base en la concepción de las veredas campesinas como comunidades políticas antagónicas pero complementarias, a partir de las concepciones de **subcultura política** (Pecaut) y de **comunidad** (Weber). Se pregunta entonces la autora si los partidos liberal y conservador constituyen comunidades antagónicas con sistemas clasificatorios independientes, basados en una aprehensión diferenciada de la realidad y en concepciones incompatibles del orden social, o comunidades antagónicas pero complementarias, que comparten los sistemas clasificatorios en unos niveles pero no en otros.

Obviamente, María Victoria Uribe se inclina por la segunda alternativa: estas comunidades comparten las creencias y ritos de la religión católica (pero no la misma relación con el clero católico, añadiría yo), las prácticas de reciprocidad mutua basadas en el compadrazgo y ciertos

espacios masculinos de sociabilidad (bares, cantinas, prostíbulos), lo que desemboca en la posibilidad de matrimonios intercomunitarios (lo que suaviza a veces el enfrentamiento bipartidista). Las comunidades se separan por ciertos símbolos cromáticos (azul y rojo), pero, sobre todo, por la pertenencia veredal, que se constituye en una especie de barrera interpartidaria.

Sobre estos puntos se podría comentar que en la cúspide de los partidos sí se da una referencia a concepciones incompatibles del orden social y político (subculturas políticas, según Pecaut). Solo que estas contraposiciones políticas son leídas, en la base de la pirámide, en términos de sus enfrentamientos cotidianos, que se basan en los lazos primarios del parentesco, el vecindario y la amistad. Por eso, el recurso extremado a esas concepciones contrapuestas conduce a la total polarización de la sociedad en términos amigo/enemigo, que conduce a la ruptura de la solidaridad espontánea de la comunidad, que se colocaba por encima de los lazos primarios e interpersonales de cohesión social. Esta solidaridad se desbarata con la exacerbación de la polarización social y política, que se produce al recurrir a buscar una frontera divisoria en algo que de alguna manera se comparte: las creencias religiosas y cierta apelación al pueblo como factores de legitimación

de la posición partidista. Esto conduce a tener que plantear la división entre católicos verdaderos (los conservadores) y falsos (los liberales) o entre democratas verdaderos (los liberales) y falsos (los conservadores), que aparece en el juego contrapuesto de imagenes y contraimagenes de cada agrupación.

En esta línea, María Victoria Uribe avanza en el análisis del sentido de pertenencia a la colectividad propia y del sentido de distinción frente a la ajena, en una concepción cercana a la de **comunidad imaginada** de Benedict Anderson. La distinción entre nosotros y ellos separa las veredas como conservadoras o liberales: los otros, los del otro lado del pueblo, los extraños, eran gente mala, a la que se temía. Pero, al otro lado de la vereda, la situación se invertía. Por eso, la violencia se produce -según un testimonio recogido por la autora- en los "pueblos revueltos", donde no hay una comunidad homogénea y socialmente integrada.

Así, señala la autora, que "las veredas contrarias eran mundos paralelos que mantenían su polaridad y sus mutuas aprehensiones con base en los rumores y en los cuentos heredados de padres a hijos". La tradición oral avivaba el sentimiento de pertenencia a través de la

autoimagen y contraimagen, que reforzaban los odios heredados. A ello contribuía la precariedad de relaciones mutuas y el aislamiento, lo que reforzaba la cohesión intracomunitaria. Como resultado de todo esto, en la comunidad imaginada de nivel veredal, "los liberales se constituían en sujetos políticos, no en la relación con los conservadores sino en la ausencia de relación con ellos".

La pertenencia al partido está muy ligada a la identidad espacial con la vereda, que es el universo -según la autora- que "nos permite no sólo entender los móviles que motivan las masacres, sino la red de alianzas, odios partidistas y cadenas de venganzas familiares y personales que las explican". (p.82) En ese espacio de retaliación mutua, "son los muertos de uno y otro bando los que instauran la relación de identidad, y en esta relación, la venganza de la sangre juega un papel de primer orden. De tal forma que es posible suponer que la venganza forma parte del tejido social de lealtades primarias que sustentan la identificación de los campesinos con su partido político".

En esta contienda bipartidista en el nivel veredal no hay intermediación del Estado como espacio público o tercero en discordia donde se dirimen los conflictos: "la única

presencia estatal personificada por los funcionarios municipales y la policía, está permeada por los odios partidistas. A ello contribuía el aislamiento de las comunidades, la ausencia de relaciones amistosas entre las veredas liberales y conservadoras y la precariedad de la participación campesina en el ejercicio del poder".

Por eso, sería pertinente indagar sobre los orígenes y el desarrollo histórico de las veredas, sobre las cuales la autora señala algunos indicios en varios apartes del trabajo, pero sin mucha concatenación. Por ejemplo, se señala que las veredas se originan por la descomposición de grandes haciendas en el norte y oriente, sin precisar mayor cosa sobre su proceso de descomposición, ni sobre las relaciones con el antiguo hacendado, ni sobre la filiación política de éste. Se dice que en el sur, las veredas surgen de los resguardos, sin precisar cómo. En otro sitio del libro, se habla de la diversidad cultural de las subregiones, distinguiendo las áreas de influencia de la colonización antioqueña, boyacense, cundiboyacense e indígena, pero sin relacionarla con su impacto en la formación de las veredas. Por último, al hablar de la distribución regional de las masacres, distingue cuatro subregiones geográficas (Noroccidente, Centroccidente, Suroriente y la zona indígena), donde el comportamiento y

la frecuencia de las masacres es muy diversa. Aquí se trata de relacionar violencia con competencia electoral partidista, pero ninguna de las dos cosas se estudia en relación con las diferencias veredales y el proceso de pertenencia en el nivel veredal.

En el capítulo III, la autora insiste en la dimensión simbólica y ritual de las masacres y de las mutilaciones corporales, que expresan tanto un sistema campesino de clasificación corporal como un intento simbólico de reordenación corporal (poner abajo lo que es de arriba y afuera lo que es de adentro). Todo esto apunta a señalar un poder omnipotente y terrorífico, que manipula la vida y reordena la realidad, que es temido e idealizado a la vez.

En las conclusiones, María Victoria Uribe destaca que estos hechos violentos implicaban una particular noción de la alteridad, de la realidad del otro, manifestado en sus imágenes: "El otro, el enemigo, era una entidad física separada y diferenciada, mas no alguien definitivamente distinto a ellos mismos, debido a que en el otro se proyectaban atributos propios. El otro era, en buena parte, una proyección de lo negativo propio; la propia identidad y la alteridad incorporaban la familia como una unidad indeferenciada del sí mismo".

Esta concepción del otro reaparece en los hechos violentos actuales y en el ambiente de intolerancia maniquea que los enmarca. De ahí la importancia de seguir analizando los hechos violentos para entender y poder buscar soluciones adecuadas a los conflictos, en la línea planteada por esta investigación. Esta investigación tiene un mérito adicional: ir más allá de lo patológico y macabro de las masacres, para preguntarse sobre el encuadre cultural y político que las rodeo.

Por todo esto, el CINEP quiere poner a la consideración de la sociedad colombiana los resultados de esta investigación, con el fin de contribuir a la reflexión sobre la violencia pasada y presente, para colaborar así en la búsqueda de un país, donde los conflictos no se resuelvan por la violencia sino a través del diálogo civilizado entre los distintos.

FERNAN GONZALEZ
Investigador Cinep